

## **El “ser” minero. Dinámicas identitarias y representaciones del trabajo minero. Guachetá, Colombia.**

Esta corta presentación busca analizar el espacio laboral minero de Guachetá desde las diversas subjetividades de sus trabajadores, sus representaciones sobre el trabajo y la convergencia de las diferentes formas identitarias que allí se crean, re-crean y encuentran. Guachetá es un municipio ubicado en la zona rural del departamento de Cundinamarca, en el centro de Colombia, a tres horas de Bogotá. Este espacio territorial marcado por una economía fuertemente agrícola y ganadera durante gran parte de su historia, vivió a lo largo del siglo XX una fuerte transformación en con la llegada de la economía moderna y de las nuevas formas, prácticas y valores culturales y laborales que ello implicó.

La transformación del espacio rural con la llegada del ferrocarril y las industrias de acero, generó una convulsión en las economías locales, limitando la explotación agrícola e impulsando la explotación del carbón como nuevo combustible para el funcionamiento del ferrocarril y de las nacientes industrias siderúrgicas. El cambio dentro del panorama local, tanto en su geografía como en su economía, estuvo fuertemente ligado a un cambio dentro de las costumbres de los habitantes de estas regiones, sus modos de vida tanto cultural como socialmente. La mina empieza constituirse entonces como el lugar habitual de trabajo y como el casi único escenario económico local y regional, lo cual marca desde hace casi un siglo la cotidianidad de los pobladores de esta región, quienes estructuran su vida alrededor del trabajo minero. Las minas de Guachetá han visto entonces desfilar por sus galerías y sus túneles, casi tres generaciones de trabajadores.

Es así, que de los múltiples escenarios que convergen dentro del mundo laboral colombiano, el minero es quizás el que más riqueza social y cultural presenta, de un lado por la diversidad de origen de sus trabajadores y de otro por ser un trabajo que se ejerce en su mayoría en zonas rurales. La mina, se presenta entonces como un lugar en el que confluyen un sinnúmero de prácticas sociales y culturales que trazan la cotidianidad laboral y que al mismo tiempo recrean y le dan forma a una cohesión grupal y a determinadas construcciones identitarias. Roland Treppe (1971) señala, que el trabajo en la mina provoca en sí mismo una ruptura profunda en las costumbres y formas de vida de los trabajadores. Para este autor, la mina y el trabajo minero en él mismo van a encarnar las bases para la creación y la consolidación de una sociedad particular, regida por nuevos principios, nuevas pautas de organización, de asimilaciones, de distinciones como colectividad y como individuos. Un espacio en el que se presenta rupturas, continuidades, adaptaciones y resistencias, y en donde

las subjetividades están siempre ajustadas a este particular espacio laboral, que incluso envuelve a la población que rodea la mina y que tiene que ver también con la entrada al mundo moderno como un encuentro cultural con la modernidad. (Salazar, 2002).

Dentro del trabajo minero de Guachetá existen múltiples elementos que forjan esta idea de una fuerte identidad minera, entre ellos el espacio y el trabajo minero, las relaciones laborales, las trayectorias y las representaciones sobre las subjetividades “mineras” de estos trabajadores. Los mineros locales construyen un sentimiento de pertenencia grupal por medio de la creación de múltiples diferenciaciones con los “otros”, no mineros. Dentro del trabajo, esta distinción se ejerce constantemente por medio del trabajo mismo, de la participación de un espacio laboral y manual preciso, así como por la construcción de diferenciaciones fundamentales frente a la jerarquía laboral. En donde la identidad tiene que ver tanto con los sistemas de representación, como con las condiciones concretas de las relaciones de trabajo y las subjetividades de los trabajadores. (Gutnik, 2008).

En el espacio laboral minero, se logra una hibridación de formas y valores culturales, en donde se presentan disimiles rupturas y continuidades con el mundo anterior al minero, tanto laboral, como social y cultural, logrando así una recreación de las subjetividades y al mismo tiempo generado una dinámica identitaria particular. (Salazar, 2001) Así, la identidad alrededor del trabajo minero incluye a la mina como una entidad y un lugar de producción y de aprendizaje cultural. Gutnik habla de dos periodos importantes en la conceptualización de la identidad en la teorización sociológica alrededor del trabajo. De un lado, el autor hace alusión a la ruptura con el análisis marxista de la división social del trabajo y de otro el descubrimiento de una pluralidad de experiencias que llevaron a la problemática del reconocimiento de la identidad como valor, es decir como un punto central en torno al cual cada individuo organiza su relación con el mundo social, laboral y cultural, y con los demás sujetos, (Gutnik, 2008) desvirtuando la visión homogenista del espacio laboral, por el solo hecho de hacer o pertenecer al mismo trabajo.

Estos dos momentos que según el autor marcan los análisis alrededor de las dinámicas identitarias en el y del trabajo, son claves para comprender un sinnúmero de hipótesis y posturas alrededor de cómo se debe entender la identidad en el trabajo y bajo qué parámetros analizarla. En este sentido, el problema de la identidad en el trabajo o el problema de la construcción identitaria, colectiva o individual, aparece como producto del mismo proceso de trabajo, del papel de la empresa o del espacio laboral en el lineamiento de sus trabajadores, tiempo de trabajo y disciplina, por ejemplo, pero también en el encuentro de la diversidad cultural de sus trabajadores y de las distintas subjetividades de los mismos.

Construirse dentro del trabajo como sujetos laborales, implica ante todo una continuidad en las prácticas cotidianas con su mundo social, es así que soy trabajador, soy minero y al mismo tiempo soy campesino, soy habitante rural, soy católico o soy protestante, por ejemplo. El mundo social y laboral dentro de su representación implica por tanto el dentro y el fuera del trabajo, en la formación de sujetos laborales, subjetividades e identidades. Sin embargo, más allá del mundo social fuera del trabajo, el trabajo representa un sistema de socialización que desarrolla y al mismo tiempo otorga una identidad social, ligada de un lado a los efectos culturales de las relaciones de trabajo (Siansaulieu, 1988) y de otro a las trayectorias personales y las subjetividades de los trabajadores (Dubar, 2007), lo cual nos permite hablar no solo de subjetividades en la construcción de identidades particulares, sino también en la construcción de una identidad colectiva, en la que las diferencias logran de una u otra manera matizarse en la caracterización particular del trabajador minero.

En la mina, se es minero solo si se sabe hacer el trabajo adecuadamente, si se conoce el espacio, si se saben usar las herramientas, si se es “fuerte” y “valiente”. Sin duda, la construcción de un nosotros dentro del trabajo está fuertemente marcada por las particularidades de este espacio y por los conocimientos y la experiencia que se tenga en este oficio, la forma de trabajar, de manipular las herramientas y de relacionarse con el trabajo. Para este grupo de trabajadores, los mineros se reconocen dentro del trabajo mismo y es dentro de la mina que se sabe si se es un hombre apto para trabajar en las profundidades de la tierra. Así lo narra uno de los mineros:

“Aquí dentro de la mina un minero es el que sabe picar, aquí vienen a pedir trabajo y no saben picar, eso se reconoce es abajo en la mina, afuera no, abajo es que uno sabe quién es el verdadero minero, quien maneja la profundidad, el vértigo, todo, si usted es para este trabajo o no, si está hecho con el mismo molde, de resto pues no se sabe. Nosotros los mineros somos negros completamente, hasta por dentro. Usted lo identifica a uno de minero dependiendo si sabe arreglar la herramienta o no, usted le da la herramienta y si sabe arreglarla usted ya sabe que es minero y si no, no es, esa es la realidad. Porque como usted sabe que dicen que en la maleta se conoce el pasajero (risas), pues aquí nos conocemos también por eso, por la forma de trabajar y de vivir en la mina”. (Juan Eduardo Vargas y Libardo Díaz, 2010)

Las maneras de trabajar y de vivir en la mina, como lo expresa este relato, son fundamentales a la hora de determinar si se es parte o no de la colectividad minera, de ese grupo de hombres aptos para resistir las difíciles condiciones de la mina. Tal como lo indica este relato, es dentro de la mina, y no en la apariencia física o en un discurso abstracto, en un

documento o en una hoja de vida, que el minero demuestra su conocimiento y su aptitud para insertarse en el grupo de trabajadores mineros. Además, la importancia del trabajo heredado, del contacto previo con el mundo de las minas, así como de las trayectorias mineras precedentes, dentro o fuera de la región, así como dentro o fuera de la minería de carbón, se encuentra justamente vinculada con el manejo previo del espacio minero, de la rudeza del trabajo, de la “valentía” dentro de este particular espacio laboral.

Esta importancia de la construcción más interna, más íntima e intersubjetiva del trabajo minero, es también la base para la construcción de otras identidades más generales, en especial frente a otro tipo de poblaciones y oficios. Justamente, dentro del espacio laboral asociado a la mina, la importancia de trabajar y “vivir la mina”, de conocer sus recodos y dificultades, permite la construcción de importantes distancias frente a la jerarquía, frente a sus “patrones”, quienes siempre están “más arriba” que ellos, tanto a nivel espacial como laboral, económica, social y culturalmente.

Sin duda, dentro del mundo laboral minero la identidad de sus trabajadores no está dada y al contrario está atravesada por sus disimiles subjetividades y es en el trabajo mismo, en donde el encuentro de estas con el mundo laboral, va a construir una identidad particular. Podemos decir entonces que dentro del espacio laboral minero se crea un sujeto “nuevo” un ser minero, un sentirse del mundo de la mina, de las entrañas de la tierra, un sujeto con características particulares, comportamientos precisos, que los hacen distintivo frente a los demás actores sociales y culturales de la región. La identidad se presenta como una reconstrucción a partir de las trayectorias, del transcurso mismo de la vida y no como un elemento dado o como una elaboración individual. De esta manera, las identidades profesionales, se convierten en un mecanismo de reconocimiento social en donde los sujetos logran identificarse unos con otros dentro del mundo o campo laboral, en este caso minero. (Dubar, 2007).

A pesar que dentro de la mina, las distinciones de trabajo son variadas e incluyen algunas diferenciaciones claras entre todos aquellos que se introducen en la mina, entre los “administradores”, los “piqueros” y los otros mineros, por ejemplo, los “patrones”, realmente “diferentes”, son solo aquellos que no ingresan a la mina, que no comparten la cotidianidad del trabajo ni las trayectorias del minero, y que gozan de un grado de escolaridad y una vida completamente diferente a la de los “mineros”. En términos generales se trata de “ingenieros” y “dueños de minas”, quienes no viven ni siquiera en el municipio de Guachetá sino que vienen desde Bogotá o Ubaté para supervisar el trabajo realizado en la mina y la producción

de mineral. Así lo dejan ver algunos de los fragmentos de las discusiones con los trabajadores de minas:

“Nosotros somos todos mineros porque nos desempeñamos en un mismo oficio, somos obreros de la mina, pero somos obreros porque que no tenemos recursos como el patrón. Ellos son los ricos, esos manes si tienen buena platica, porque negocian lo que uno saca, pero no son capaces de meterse por allá adentro a picar y sacar algo, no saben lo que es eso, Nosotros sí tenemos esa verraquera, no somos ricos, somos pobres, no tenemos ni plata ni lujos, pero somos mineros y eso si es de pocos...” (Clemente Molina, 2010).

“Pues uno de minero, pues que trabaja en la mina, somos hombres de abajo, hombres de la tierra, de las profundidades, donde cualquiera no entra, la tierra nos llama a todos los hombres del pueblo, nacimos para vivir abajo y esa es nuestra naturaleza, los que nos metemos allá no somos todos, las cosas que hacemos. Todos somos iguales, el único que es más es el patrón, el dueño de la mina es el que es más, de resto todos iguales, son los mismos obreros, si uno trabaja gana y si no trabaja pues no gana, (Wilson *Tingorete*, 2011).

“Pues yo no veo diferencias, todos trabajamos en la mina y todos tenemos que luchar por el sustento de nuestras familias. El minero es como más atrasado que los otros, porque uno de minero solo va a la mina y luego a tomar, y pues no somos instruidos, estamos como atrasados, como lo más debajo de la sociedad, gente sin estudio y ganando a penas para vivir...”(José Libardo Vásquez, 2010).

Tal como aparece en estos relatos, a la particularidad del oficio minero, de la división laboral dentro de las minas y a las distancias socioeconómicas evidentes entre “patrones” y “mineros”, se vinculan un amplio número de elementos y representaciones que construyen unas divisiones aún más profundas entre el “ser minero” y el “ser patrón” e incluso, ser “no minero”. En este sentido, el “minero” no solo es diferente del “patrón” por su ubicación en determinada escala laboral o por las mejores condiciones económicas de estos últimos. Tal como lo indica uno de estos relatos, incluso un minero puede conseguir dinero si se aplica a ahorrar en su oficio, y de hecho, la amplia circulación del dinero en el medio minero es una de las características e intereses más predominantes de este trabajo. En contraste, tanto la ubicación laboral del minero en la escala laboral como su diferenciación económica frente a los “patrones” se integran en una representación mucho más amplia del “ser minero” y de sus diferencias fundamentales frente a las otras poblaciones.

En este sentido, las diferencias entre “patrones” y “mineros” se vuelven casi ontológicas pues los mineros son “valientes”, “aventureros”, “especiales” e incluso “escogidos” o “castigados” por Dios. Además, los mineros son “pobres” y “de abajo”, unas categorías que van más allá de una circunstancia económica precisa e implican cierta

“condición”, deseada y reivindicada por algunos mineros o simplemente asumida por otros. La identidad minera surge entonces como resultado de la vida social dentro del trabajo, en donde al mismo tiempo se crean dinámicas distinciones que generan a su vez identidades y subjetividades particulares.

Desde esta perspectiva, cabe señalar lo que puede ser el trabajo para la formación de identidades y subjetividades al interior de él mismo, entendida como una de las acciones principales de cambio entre los sujetos y las sociedades contemporáneas, espacio creador de identidad y generador de nuevas subjetividades. Así, según Sainsaulieu, la identidad en el trabajo designa “modelos culturales” o lógicas de actores en colectividad, en donde el trabajo se presenta como un espacio de socialización, en el que se crean procesos sociales y culturales que permiten acceder a los otros, a sus representaciones y en términos más generales, a la cultura misma. (Sainsaulieu, 1988). Una cultura laboral que se recrea a partir del saber-hacer, pero también de las diferencias entre los mismos mineros, de las distinciones y por supuesto de las subjetividades que forjan dicha cultura o colectividad laboral.

En este sentido, es importante resaltar cómo se asumen los trabajadores y cómo construyen su ser dentro, en y por el trabajo o espacio laboral al cual pertenecen. Los mineros se asumen como gente “de abajo” en todo los sentidos, tanto económico, como social, laboral y espacialmente. El minero, como vimos, se compara a un “topo”, que vive en las profundidades, en las entrañas de la tierra y de la sociedad, y que está imposibilitado para salir de este espacio y ubicación. En este sentido, los importantes recursos económicos que un minero puede eventualmente adquirir, por ejemplo, no se asocian con un ascenso social evidente, con una acumulación de capital económico, social o cultural, sino que se ven como parte de un eterno ciclo de reproducción de las mismas condiciones de vida, del “ser minero”, alrededor de la mina, de los amigos y de la borrachera. Este destino marcado del minero se asocia, dependiendo del narrador, a un “privilegio” o a un “castigo” de nacimiento, y en cualquier caso, a una marca indeleble, tal como la del carbón extraído, sobre sus caras y “consciencias”.

En este sentido, no se piensa el trabajo como una simple circunstancia de la vida sino que es algo que viene con ellos, como una marca inexorable que traza sus destinos, tanto personales como familiares. De hecho, la importancia de las herencias del oficio minero, refuerza esta idea de una “saga”, de un profundo componente que estructura las características del sujeto y de su descendencia, y que los aproximan ineluctablemente a este espacio, a este trabajo, a esta posición laboral, económica, social y cultural.

Estas representaciones del minero van íntimamente ligadas a la idea recurrente de estos trabajadores de ofrecer un mejor futuro a las nuevas generaciones, un futuro lejos de la vida minera y sobre todo lejos del trabajo en la mina. La idea de cambio está actualmente más viva que nunca, a pesar de la dificultad que representa para muchas familias brindar un grado de educación elevado a sus hijos debido a los costos que representa salir del pueblo para estudiar, así como a esa “saga” minera, a esa “maldición” o “bendición” que hace que las nuevas generaciones, algunas veces por iniciativa propia, abandonen la idea de estudiar y decidan trabajar en la mina.

“Pues el hijo mío ya está trabajando en la mina, tiene 20 años y ya está en la mina. Y pues a mí no me hubiera gustado verlos en la mina, pero no le gustaba estudiar, hizo hasta octavo, no quería estudiar y ahora pues está trabajando en la mina, ya consiguió mujer y ahora sí, por obligación le toca hacerlo, por allá trabaja con mi esposo y pues allá lo tienen de cochero, hasta ahora está empezando”. (Sara, 2010)

“No a mí tampoco, yo quiero que se quede estudiando muy juicioso y pues porque yo le digo, que estudiando puede trabajar y ganarse la plata de otra forma y no así tan duro como en la mina, para terminar por ahí de borrachos todos los días, no eso no es para mis hijos tampoco”. (Leonor, 2011)

Si bien los mineros no dejan de estar orgullosos de su oficio y agradecidos con el trabajo en la mina, con la oportunidad laboral brindada por el mundo minero, al mismo tiempo la mayoría entre ellos son extremadamente críticos frente al trabajo que realizan y no ven en él ningún futuro próspero para las generaciones a venir, incluso si ellos han vivido siempre de él. El minero a pesar de sentir un fuerte orgullo por el coraje que significa trabajar en la mina, no se siente plenamente a gusto en este trabajo y manifiesta que si pudiera o supiera hacer otra cosa, cambiaría de oficio, pero en palabras de ellos, “no saben hacer nada más”; el hecho de sentirse “limitados” se suma al hecho de sentir que nacieron para esto y que están marcados por el destino. Esta idea lleva a que haya un sentimiento de resignación frente al trabajo que hacen y frente al mundo de la mina que los ha rodeado desde la infancia.<sup>1</sup>

En contraste, para los jóvenes hijos de mineros, la mejor forma de ganarse bien la vida está justamente en el trabajo minero, “un trabajo que deje tiempo y deje buena plata” es la consigna entre ellos. El trabajo minero para ellos se presenta como un espacio lleno de

---

<sup>1</sup> Esta problemática es una constante en el mundo minero andino. Así lo demuestran trabajos como los de ABSI, Pascale (2005). Los ministros del diablo. El trabajo y sus representaciones en las minas de Potosí. La paz. Fundación PIEB. Y SALAZAR-SOLER Carmen (2002). Anthropologie des mineurs des Andes. Dans les entrailles de la terre, Paris, L'Harmattan, para el caso peruano.

ventajas, de las cuales quieren disfrutar sin tener que irse del pueblo, pues allí logran tener una importante entrada económica para ayudar al sustento de sus familias. Es por eso que muchos de los trabajadores de las minas esperan a que sus hijos cumplan la mayoría de edad, y aprovechando su experiencia y trayectoria, les ayudan a los más jóvenes, con resignación, a entrar en la minería junto con ellos. A pesar de las intenciones y los esfuerzos por cambiar y salir de esa cadena minera, la minería es una “saga” de la que no se puede escapar, una herencia que sigue aun marcando los destinos y la vida de los pobladores de Guachetá, circulando de generación en generación.

Este “don” heredado o este “castigo” divino es el que subraya las diferencias frente a los patrones, quienes, a diferencia de ellos, se considera que nacieron para todo lo contrario, para mandar, si bien carecen de la “verraquera” necesarios para hacer el trabajo en la mina. Dentro del mundo del trabajo, esta condición diferencial marca claramente las representaciones de los oficios, pues tal como lo dicen ellos mismos, “*zapatero a tu zapato*”. Así, “mineros” y “patrones” se diferencian claramente y esta diferenciación permite la emergencia de una sólida identidad colectiva alrededor del “ser minero”, dentro de la mina y frente a las jerarquías laborales.

En términos generales, el trabajo se ve entonces como un elemento esencial de la identidad grupal y del individuo mismo en la relación con el espacio, a partir de las trayectorias, las representaciones y las narraciones personales. Es a partir de los sujetos y sus subjetividades que se construyen diversos parámetros de diferenciación, en donde los efectos culturales no están limitados solamente a formas de comportamiento. (Dubar, 2007) Así, la identidad que se establece dentro del trabajo va a tocar tanto los sistemas de representaciones como las relaciones sociales dentro del trabajo. El trabajo se convierte entonces en una experiencia social, que gobierna tanto las relaciones sociales, como el proceso identitario y de subjetividades que de ellas se desprende. (Sainsaulieu, 1996).

### ***La mirada del “otro”***

Fuera del trabajo, buena parte de estas representaciones van a ser reproducidas y afianzadas. De esta manera, las distancias entre la población local y los mineros son importantes. Tal como lo vimos, a pesar de que se comparten espacios de socialización como la participación católica, por ejemplo, los horarios de las misas frecuentadas por los mineros y los “no mineros” son diferentes. Los mineros se encuentran en el municipio los días de reposo y consolidan sus propios grupos para asistir a la misa católica, ocupando un importante



espacio dentro de la iglesia local, un hecho que restringe la participación de población no minera o la impulsan a la escogencia de otros horarios menos frecuentados.

Además, después de la misa semanal pero también después de la jornada de trabajo cotidiana, los espacios de socialización mineros son evidentes, las esquinas del pueblo pero sobre todo las tabernas, la discoteca o las tiendas, son el centro de socialización de esta población minera. Estos espacios, son asociados, dentro de las representaciones mineras y no mineras, a los trabajadores de las minas, son espacios “para mineros”, en donde la construcción y la emergencia de una fuerte identidad colectiva es de nuevo posible.

A pesar de la importante identidad minera del municipio, de la reivindicación permanente de un “pasado minero” de casi todas las familias locales, así como del reconocimiento de la “dureza” de esta labor, del carácter “aguerrido” y “aventurero” de estos hombres de minas, la imagen permanente del minero “borracho”, del que “malgasta” su dinero en fiestas y borracheras, del que “no tiene futuro”, “orden” ni “educación”, es una constante de las representaciones locales del minero. Tal como lo enuncian algunos de los protagonistas de esta relaciones conflictivas:

“El trabajo en la minera se ve aquí como un trabajo de segundo nivel, porque inicialmente la gente que trabajaba en minas no era gente muy educada, y pues se daba mucha discriminación, se veía a los mineros como los más jodidos y pues no era muy honrado que las mujeres del pueblo se metieran con un minero, eran como mal vistos y pues también éramos despreciados porque la gente decía que éramos como atrasados y sucios, siempre negros...”(Germán Duarte, 2011).

“No pues la vaina con los mineros es que son muy adictos a la tomadera, no se la pasan sino en esas todo el tiempo, de la mina a la tienda y hágale al trago y pues eso también los degenera, se ven como unos vagos por ahí todos borrachos y sino es que se ponen a pelear entre ellos...” (Blanca, 2011)

En el pueblo, la mirada de los “no mineros” va a reforzar las representaciones construidas por los propios mineros, como gente “de abajo”, “pobre”, “sin futuro” y sin educación, marcados claramente por el carbón o por sus espacios y actividades de socialización. A pesar de que los diferentes auges del mineral han permitido un importante flujo de dinero, y que los mineros son el centro económico del municipio y sus comercios, su dinero se asocia directamente al consumo de alcohol, a su ocupación de los espacios de fiesta y bebida, y a la futilidad de sus ingresos.

Esta estrecha relación entre los mineros y la borrachera, de hecho, es algo que frena la idea de una posible entrada de las nuevas generaciones del municipio al mundo minero, pues además de la dureza del trabajo, la imagen que se ha construido del minero, si bien es de un hombre valiente y con coraje, también es de alguien a quien solo le importa tomar y malgastar el salario. La idea de no ver a sus hijos trabajado en las minas va de la mano de la imagen negativa que se ha creado del minero actualmente, y del miedo, no solo del trabajo mismo sino de esta condición del “ser minero”.

Tal como lo ilustran algunas coplas locales, *“Guachetá es mi tierra carbonera, donde es hermoso el paisaje y alegre la primavera, donde los mineros se la pasan tomando sentados en la pradera”* (risas). *“Guachetá es muy rico por su carbón, pero los pobres mineros ignorantes se lo toman en cerveza”*. (Librada Forigua, 2010). Estas coplas que se dicen en las fiestas patronales del pueblo son un reflejo de la imagen que se tiene y se ha construido del minero. Ser minero en Guachetá, en palabras de un minero o de un no minero, es ante todo ganar buen dinero, ser bueno para el trago, ser arriesgado, valiente, verraco y trabajar sin descanso, como dice la canción que cantan todos en coro cuando ya están borrachos: *“yo soy minero, gano dinero, pa’ mis traguitos y pa’ la mujer que quiero. Yo soy minero, por eso bebo, gano mi plata y me la gasto en lo que quiero. Llenar el coche eso no me da pereza y cuando salgo de ese túnel tan oscuro, con mis amigos vamos a tomar cerveza”*

Fuera del trabajo se crea entonces de nuevo un grupo, un “nosotros”, ratificado y fortalecido por la mirada externa y las relaciones con los no mineros, un pueblo que es “diferente”, mientras que ellos son “iguales”, entre ellos y para los demás, pues tal como lo dicen, *“nosotros los mineros somos un grupo muy diferente a los otros del pueblo que no lo son”*. (Florentino, 2010). En medio de las subjetividades y representaciones construidas, de los espacios propios de socialización, se vuelve a recordar que todos hacen parte del mismo trabajo y se vuelve a reconstruir un sentido de colectividad, en particular en los espacios de esparcimiento.

En estos espacios de fiesta y licor, los diferentes grupos de mineros se ven representados y encuentran sus marcas. Sus diálogos evocan regularmente el mundo de la mina y del trabajo, y a pesar de la construcción de diferentes grupos de conocidos o amigos, hay numerosos intercambios y discusiones entre los mineros asistentes. Ahora bien, otro de los elementos importantes en la representación local de los mineros es su asociación a las peleas y a los conflictos posteriores a los encuentros festivos. Efectivamente, a pesar de la importancia de la construcción de estos espacios colectivos, alrededor de la fiesta y el alcohol, de la unidad e identidad construida frente a los “no mineros”, la explosión de diversos

conflictos internos y de múltiples tensiones al interior del grupo minero es otro elemento fundamental en la cotidianidad minera, en sus relaciones sociales y en sus representaciones identitarias. Así, al lado de una sólida representación identitaria entorno al “ser minero”, al trabajo, a las trayectorias, costumbres y espacios de socialización del “minero”, dentro y fuera del trabajo, la aparición de nuevos y conflictivos procesos, identidades y relaciones sociales dentro del grupo, pueden fácilmente derivar en la fragmentación de esta unidad (Eizner, 1979) e incluso llevar a la explosión de fuertes conflictos internos.

Sin duda, tal como lo analiza Cabanes, el trabajo y en sus diferentes dinámicas es un espacio en el que se elaboran socializaciones independientes, que tienen que ver con las subjetividades y que se alejan de la vida social, local y regional, pues el mundo del trabajo logra marcar identidades sociales, individuales que pueden convergen y que pueden crear fuertes diferencias dentro de la colectividad. (Cabanes, 2004) El trabajo es una actividad que hace trascender las relaciones sociales más allá de él, dando una valorización diferente del oficio frente al mundo social y cultural en el que se encuentra inmerso. Así, los contextos locales regionales y familiares pueden servir de punto de referencia en lo que concierne la vida del trabajo y las formas identitarias que en él se forjan.

### **La erosión de la colectividad**

La importancia de la construcción de esta sólida identidad de la colectividad minera, acumulada a través del contacto cotidiano en el espacio del trabajo, así como de una misma forma de representarse como “sujetos mineros”, con características, hábitos y proyecciones similares, en particular frente a los “no mineros”, los patrones y los otros habitantes del municipio, contrasta fuertemente con los difíciles parámetros de convivencia dentro del grupo y con la explosión de numerosos conflictos que erosionan constantemente este sentido de colectividad.

El sentimiento de un grupo en desunión y en donde priman las “individualidades” sobre el colectivo de trabajadores, es compartido por un amplio número de mineros. Tal como lo enuncian algunos de ellos,

“Pues bueno, ahorita la gente que está entrando es nueva y pues bueno se la pasan en gallada<sup>2</sup> según de donde vengan y están aparte y de pronto son un poco individualistas, porque si alguien está con un palo luchando por algo, lo dejan y no le ayudan ni nada, ahora es así muy dividido, entonces eso ha cambiado mucho porque cuando yo llegué si existía una unión y como un compañerismo, hasta que uno no salía no se iban los otros, esperándolo, nos

---

<sup>2</sup> Grupo de amigos

esperábamos todos con todos y llamaban a ver y uno se buscaba a ver, para estar todos. Y pues ahora es otra generación y los que llegan nuevos llegan con esa forma de ser diferente, con esa idea en la cabeza que ellos son ellos y ya, más individuales, si?” (Manuel, 2010).

La importancia fundamental de la solidaridad, de un colectivo que respalde al minero mientras este se interna solitario a “picar la montaña”, es puesta de relieve por un buen número de trabajadores. El minero se interna en las profundidades de la tierra y nunca tiene certeza si saldrá con vida de su jornada, una situación que implica la existencia de un grupo de trabajo sólido, en el que como lo dicen varios de los relatos, *“los unos esperen a los otros al final del trabajo, al salir de la mina”*.

Existe una especie de nostalgia por ese pasado en el que los mineros se conjugaban como un grupo muy unido, en parte gracias a la existencia previa de un trabajo más familiar en el que se construían unas pautas de fraternidad, de solidaridad y de compañerismo, que sin duda ha ido desapareciendo con el pasar del tiempo y la llegada de nuevas organizaciones y formas laborales. Esa nostalgia que se ve en los relatos de los mineros cuando hablan de la antigua unión minera, es un sentimiento que se ve sobre todo en las dos primeras generaciones, y que se asocia con una añoranza por lo que era antes el trabajo familiar alrededor de las minas. Para los jóvenes mineros, en contraste, la unión laboral no es una prioridad y de hecho, reciben constantemente el reproche de sus compañeros mayores por su falta de interés hacia el grupo.

Ahora bien, tal como lo muestra también el anterior relato, la emergencia de cierta forma de atomización del colectivo no solo está relacionada con los cambios generacionales y organizacionales del trabajo, sino también con la presencia de otros grupos e identidades que hoy atraviesan al colectivo minero, en particular las identidades regionales de los mineros migrantes. Tal como lo enuncia un minero local,

“En un tiempo había mucha integración de mineros, se hacían charlas, se hacían campeonatos de micro fútbol, de minas contra minas, y muchas cosas, y uno se relacionaba y se unía, ahorita eso se acabó, solo toman trago o se va para otras partes, ya no hay integración, antes si había mucho eso. Nos hacían charlas para enseñarnos cosas de la minería, ahora no hay nada de eso, cada uno por su lado, así uno se integraba y se hacía más compañeros, eso se acabó, ahora no, se llega la hora de salida y se pelean por salir, y si alguien se quedó pues que se quede, no les importa. La unión es sobre todo entre regiones, vallunos con vallunos y paisas con paisa, boyacos con boyacos y así entre todos se buscan por la región, porque ahora se ve que gana más la situación regional que la misma profesión de minero, si? Que la misma minería”. (Oscar Hernán Flores, 2010).

Para los mineros locales, la ausencia de una integración dentro del trabajo y de una unión colectiva se debe en parte al “individualismo” de todas las “nuevas generaciones” de mineros pero sobre todo a la participación dentro del espacio minero local de estos grupos de mineros migrantes, muy móviles y/o provenientes de otras regiones del país. La movilidad de esta población es un hecho importante pues la finalización de los torneos de fútbol por ejemplo, muestra bien la dificultad de contar con una amplia población estable, pues buena parte de los mineros foráneos van y vienen al ritmo de las diferentes “bonanzas” mineras nacionales o regionales, y difícilmente participan de la construcción de otros espacios comunes localmente.

Por supuesto, a estas características de las nuevas generaciones y de la población minera migrante, se suman toda una serie de estereotipos y de conflictos ligados a la participación dentro del espacio minero y local de una nueva población, ajena al municipio o a la región, quienes van a encarnar todos los “males” y conflictos recientes. Al igual que ocurre con los habitantes del municipio, los migrantes mineros serán vistos por los mineros locales con cierta desconfianza y con múltiples prevenciones, como una población muy “diferente” que además, dentro del trabajo, son “individualistas”, pues solo piensan en formar sus propios grupos de “paisanos”<sup>3</sup>.

Del lado de los nuevos trabajadores que llegan a Guachetá, la situación se lee igual, pero en el sentido contrario, es decir que son ellos quienes se van a sentir dejados de lado por el grupo de acogida, al cual sienten que no pertenecen, con el que no tiene ninguna afinidad y el cual los saca de sus círculos sociales y hasta laborales. Al igual que los trabajadores locales, ellos sienten que hacia ellos no hay ni solidaridad, ni compañerismo, tampoco la existencia de un grupo sólido de trabajadores, y es quizá por esta razón que prefieren fugarse de un grupo en el que se sienten perdidos, para agruparse con aquellos que comparten sus referentes culturales. Así lo expresa Oscar: *“No pues, nosotros aquí para ellos no somos nada, no hay como una aceptación hacia nosotros, porque pues nos ven diferentes, porque no andamos como ellos aquí, entonces ellos son cerrados entre ellos y no ven si uno necesita ayuda en algo o no, si se queda uno allá en la mina esos ni cuenta se dan, desde que estén ellos completicos ya no miran más allá, entonces pues uno busca a los de uno, a los paisanitos, con los que uno se entiende...”* (Oscar Flores, 2010).

De nuevo, el tema de la solidaridad y la colectividad dentro de la mina y el trabajo minero aparece como un elemento fundamental en la experiencia laboral en medio de las

---

<sup>3</sup> Paisano se le dice a aquellos que hacen parte del mismo territorio, pueblo o ciudad.

dificultades propias a este espacio. La importancia de un colectivo y el reproche del “individualismo” en la mina, aparecen nuevamente como uno de los ejes de diferenciación y de conflicto frente a los “otros mineros”, pero esta vez en el otro lado de la oposición. Esto sin duda tiene que ver con la idea de trabajo individual que implicaba el trabajo agrícola del cual muchos provienen, con lo que se evidencia la transformación, adaptación, la confrontación de dos mundos tanto culturales como laborales. (Verret, 2005)

Esta fragmentación que se ve dentro del trabajo minero es sin duda un aspecto que dificulta la cohesión grupal y que hace que los trabajadores se sientan diferentes a pesar que todos hacen el mismo trabajo. Al mismo tiempo, es una fragmentación que da como resultado la estigmatización del otro, de aquel que ven diferente y del cual se sienten diferentes, tanto de parte de los mineros locales como de los que llegan. Unos y otros se ven de forma negativa y nociva para el grupo, individualistas, poco solidarios, cerrados a los otros y hasta excluyentes.

Ahora bien, dentro de la mina, todos se consideran iguales, tal como lo dicen ellos mismos, son todos *“piezas de una sola máquina que necesita de todos para funcionar”*. Incluso, si bien todos tienen una importante experiencia minera, los detalles de la explotación local son transmitidos oralmente y con gusto por parte de los antiguos mineros locales a los nuevos mineros migrantes que vienen de otro tipo de minería o que no conocen el trabajo minero. Estos intercambios profesionales y de experiencia son ampliamente valorados y se constituyen en formas de construir ese sentimiento de pertenencia a un mismo oficio, a una misma trayectoria y a un mismo espacio particular de trabajo.

La representación de este “otro” como un “ser minero” implica concebirlo y pensarlo como un “igual”, como alguien que comparte el espacio de trabajo pero además las trayectorias y las características de vida, la “pobreza”, la “aventura”, la “habilidad”, el “dinero”, “el trago” y la “negrura” del carbón. Estos componentes esenciales los hacen “iguales” en el espacio de trabajo, en particular dentro de la mina. De hecho, son estos contactos, así como el hecho de compartir el espacio y el trabajo cotidiano, lo que más tarde, en el espacio de la taberna y con algunos tragos, les permitirá revivir esta “unión minera”, en medio de la fiesta y frente a los “no mineros” del municipio.

No obstante, a pesar de compartir el trabajo en la mina y de construirse como “iguales” dentro de ella, tan pronto salen de esta, ninguno se preocupa por el “otro”, el de la otra región. El resultado de estas oposiciones sistemáticas es la creación de numerosos grupos de trabajadores en los espacios cotidianos asociados al “fuera de la mina”. La solidaridad y la existencia del grupo de apoyo a cada minero se mantienen pero funcionan a través de la

creación de identidades fragmentadas, en medio de un amplio grupo de mineros que, en estos espacios de la cotidianidad, fuera de la mina, no se asocian como “iguales”. Lo mismo ocurre en las pausas exteriores para almorzar, pues los conflictos entre unos y otros, implican la reivindicación permanente y profunda de identidades regionales y de grupos separados en donde prima la “diferencia” sobre la “igualdad” previa o construida dentro del espacio laboral.

Como lo mencionamos, esta “igualdad” y esta “unidad” solo volverán a encontrarse en algunos de los espacios ajenos a toda la cotidianidad del trabajo, en la misa y sobre todo, en la taberna. No obstante, una vez la noche ha avanzado y el alcohol ha hecho su efecto, de nuevo emergen las disputas, las “diferencias” y las identidades fragmentadas que los enfrentan en la cotidianidad del trabajo y del pueblo, y explotan en violentas peleas entre mineros, en las tabernas y calles del municipio. Así, el licor y la borrachera están presentes y son fundamentales en medio de esta permanente ambigüedad identitaria de esta población minera. De un lado, les permite unirse, cantar “sus canciones” a coro y renovar los pocos y frágiles contactos entablados en la mina, y de otro, volver a marcar sus diferencias, sus rivalidades y sus pugnas. Podemos decir que la borrachera es el momento culmen del sentimiento minero, de un compartir y de un distanciarse, un momento en el que surgen las más profundas pasiones y reivindicaciones. La borrachera permite exteriorizar la fuerza y la fragilidad del “ser minero” y al mismo tiempo poner frente a nosotros la diversidad y la divergencia de un mundo laboral lleno de caminos, como una galería en el que las identidades se mezclan como en una encrucijada.

### **La religión y la transformación del “ser minero”**

La religión es otro elemento disociador que de una u otra forma va a fragmentar la identidad colectiva. La existencia de diferentes creencias hace que este grupo de trabajadores diverja entre si y que se configuren ciertos grupos diferenciados, que comulgan con una u otra forma religiosa. En términos generales, de un lado están los católicos y de otro los protestantes<sup>4</sup>, quienes aún son minoritarios pero constituyen una importante disidencia frente a las formas de pensar el “ser minero”, de construir sus formas de socialización y sus representaciones.

Existe un aspecto en particular que llama la atención pues atañe directamente a la vida de ambos grupos de trabajadores en la mina, y sobre el cual se confrontan y divergen estos

---

<sup>4</sup> En el contexto local los protestantes son denominados como evangélicos o cristianos, términos que utilizaremos a los largo de este aparte.

grupos de manera repetida. Se trata del hecho de poner imágenes de la Virgen del Carmen, patrona de los mineros, en las entradas de las minas, así como la fiesta del día del minero, que se celebra el 16 de julio y que es el mismo día de la fiesta de la Virgen del Carmen, evento en el que se hacen procesiones, se celebra una misa y se decoran de nuevo las entradas de la mina con imágenes y ofrendas florales a la virgen.

Estos dos hechos marcan una fuerte pugna y división dentro de este grupo de trabajadores pues unos, los evangélicos, no ven con buenos ojos que se pongan imágenes de la Virgen en la entrada de la mina, pues para ellos es más importante orar y pedir para que el trabajo sea bendecido y que no les pase nada mientras están en el fondo de la mina, y por su parte, los católicos, quienes aseguran que la imagen de la virgen en la entrada de la mina es un sinónimo de protección, con lo que aseguran su bienestar dentro de la mina y durante el trabajo. De nuevo, la evidencia del peligro y del riesgo permanente del minero en medio de su difícil trabajo se encuentra en la base de representaciones construidas al mismo tiempo en continuidad y en oposición, por parte de dos grupos enfrentados. A un mismo problema fundamental, como el del riesgo permanente del minero, se van a dar respuestas y soluciones disímiles. De un lado, como lo vimos previamente, en el espacio de las representaciones colectivas, todos hablarán de la importancia del “grupo” solidario que respalde al minero solitario, si bien esta valiosa cualidad se asociará a uno de los dos grupos, el de los mineros locales o el de los mineros migrantes, según se ubique el narrador.

En el espacio de las representaciones religiosas, por su parte, ambos grupos evidencian la existencia de este riesgo, de este temor permanente del minero, a lo cual responden con diferentes recursos simbólicos, considerados por cada uno como la “mejor” solución. De un lado, las imágenes de la virgen a la entrada de la mina y el hecho de persignarse al entrar en ella, se consideran los medios más aptos para contrarrestar el riesgo latente, y de otro, la oración permanente y la lectura recurrente de la biblia ofrecen esta necesaria protección.

De esta manera, la oferta religiosa y simbólica, del catolicismo y del protestantismo, se integran a las particularidades del espacio minero y a los temas fundamentales de sus protagonistas y experiencias. De hecho, esta vinculación de las creencias religiosas al tema de la protección de los mineros, ha sido ampliamente abordada por la antropología minera de los andes centrales. La importancia de personajes como Wamani o Supay Muqui (Salazar, 2002 y 2006) hablan justamente del miedo que se siente hacia la vida en la mina y a la necesidad de protección en un espacio hostil y lleno de riesgos constantes. En Guachetá, estos elementos aparecen atados a la participación católica o protestante, y en medio de la creación



de estas soluciones diversas a sus temores, aparece también la división de la colectividad entre los partidarios de una u otra propuesta religiosa.

Ahora bien, además de las imágenes y de la protección del minero, como un elemento profundamente conflictivo a cada uno de los grupos religiosos, las pertenencias religiosas así como las críticas que van en uno y otro sentido, construyen y entrecruzan otro amplio número de referencias y representaciones del “otro”, de la vida minera y del “ser minero”. Tal como lo narran algunos de sus protagonistas,

“No pues aquí los que ponen problema son esos cristianos que se la pasan dizque dando la palabra de Dios, y que Dios para arriba y que Dios para abajo, esos fueron los que hicieron quitar todas la imágenes que teníamos de la virgen en las minas y en los caminos, uno las ponía y ya al rato venían a quitarlas que porque eso no servía de nada, que un puro cemento ahí, pero pues uno sabe eso, pero pues es como la forma de ver a los santos y a la virgen, es como si usted se pusiera a hablar solo, lo mismo, uno necesita de la imagen de la Virgen para hablar, y ellos que no, y cogían una burladera que porque uno se persignaba antes de entrar y todavía eso se burlan de uno, son así que no respetan. Y pues se vuelven como antisociales, según ellos que no pueden hacer nada, solo trabajar, son es más bien solapados, eso son así, aquí pues ya uno los tolera, porque han habido grandes problemas, pero pues ya uno los deja por ahí y pues lo único es que nos dejamos quitar las virgencitas, no más”. (Wilson, 2010)

Los principales disensos religiosos se presentan como una discusión común entre practicantes religiosos católicos y protestantes, alrededor del papel de las imágenes en el catolicismo, de la importancia de la lectura bíblica para los protestantes, de una vida religiosa “más comprometida” para estos últimos o ligada a espacios rituales precisos, para el católico. Al mismo tiempo, otras referencias propias al espacio local y minero emergen en la construcción de estas distancias, entre ellas, las formas de enfrentarse a los miedos del trabajo en la mina, como vimos, pero también las formas de socialización y la construcción de la representación del “ser minero”.

Para los católicos, la ausencia de los protestantes de uno de los espacios vitales a la construcción de una fuerte identidad minera, la taberna, es evidentemente un signo que marca la “diferencia” y el carácter “asocial” de estos mineros evangélicos. Para estos últimos, la asociación entre el catolicismo, las fiestas religiosas y la práctica regular de la borrachera, implican no solo su distanciamiento religioso de estos “otros” sino también una mirada crítica a la imagen que los trabajadores católicos, siempre borrachos, han vehiculado, así como a la forma misma en que se han construido las vidas y representaciones del minero.

Estos mineros evangélicos, algunos recientemente convertidos, comparten en general la representación del mundo de las minas como un universo de trabajo particularmente difícil, asociado a las posiciones más bajas de la escala laboral y social, a la pobreza y la borrachera, del cual se quiere escapar aunque no se pueda. De hecho, en algunos casos, se asocia de nuevo y de forma más contundente este trabajo con una “maldición” divina, a una “saga” que los condena a este mundo “oscuro” y “negro”. En una conversación con uno de estos mineros evangélicos, este insistía en que yo tuviera cuidado *“de no caer en las tinieblas y dejarme llevar por la oscuridad de la mina”, “por la maldad de lo negro que tiene el carbón, como esos vagos borrachos que se dicen católicos y le piden a Dios solo cuando se sienten en peligro y para que les dé para la borrachera no más”* (Obdulio, 2010).

Esta particular visión del minero y del universo de la mina, construida a partir de componentes plenamente religiosos y fuertemente simbólicos, refuerzan la idea generalizada según la cual la minería es una “saga” que condena al minero a ser un personaje “de abajo”, en todos los sentidos. Ahora bien, la oferta del protestantismo local implica en los imaginarios de estos mineros convertidos, una forma de justamente escapar a esta saga, a esta “maldición demoniaca del carbón” y del vicio del alcohol, de la “pobreza” y de la “maldad” del minero. En este sentido, por ejemplo, don Obdulio aseguraba que era gracias a su conversión al protestantismo, que *“Dios le había socorrido comprar una casa, pues se había curado del vicio del minero, de estar tomando siempre en las cantinas”*, y con ese ahorro, logró acceder a una propiedad.

En este sentido, el protestantismo es visto como una forma eficaz de escapar a esta condición de “abajo” que está atada a la representación del minero. La posibilidad abierta a cierta capacidad de ahorro, a una ética económica, moral y social diferente, así como a otros registros de socialización, les permiten pensarse como personas “diferentes” de los demás mineros y de los no evangélicos. Además, la fuerte reivindicación de su pertenencia identitaria al mundo protestante les permite verse como una especie de “nuevos mineros”, que se representan a sí mismos por fuera del catolicismo, de la borrachera y de buena parte de ese mundo de “abajo”.

Ahora bien, a pesar de la importante reivindicación de su “diferencia” y de sus propias maneras de “ser minero”, las vidas, los espacios y las trayectorias de estos mineros protestantes no significan una transformación radical de las pautas que reglan la actividad y la vida minera local. La posibilidad de ahorro reivindicada por los protestantes, por ejemplo, no significa una clara diferenciación económica dentro de las comunidades de mineros ni tampoco un ascenso económico o social evidentes. Estos elementos hacen más parte de la

reivindicación de la “diferencia” y de la construcción de las representaciones alrededor de la “transformación” de la vida del creyente, que de una distinción en las condiciones materiales de vida evidente entre las comunidades protestantes y católicas.

De hecho, a pesar de ver en el protestantismo una forma de “escape” al mundo “oscuro” y “maldito” de la mina, los protestantes solo logran cambiar sus propias prácticas y representaciones sociales y culturales, pero siguen atados a este espacio de trabajo, a las dinámicas y trayectorias mineras, e incluso, no aparecen diferenciados de los católicos en la mirada que se construye localmente sobre “los mineros”. Evidentemente, a pesar de estar ausentes de los espacios de socialización ligados al alcohol o al catolicismo, los mineros protestantes continúan compartiendo con los mineros católicos no solo el espacio de trabajo sino también sus trayectorias laborales y sus condiciones de vida.

Dentro del ejercicio del trabajo, en medio de las jornadas de pica y pala, como lo vimos previamente, las diferencias entre los mineros son menores. El minero migrante, el minero local, el joven o el viejo, el católico o el protestante, aúnan sus esfuerzos para asegurar la producción de carbón y la seguridad de todo el grupo de mineros. Al salir de la mina, las diferencias vuelven a resurgir, y en medio de las pausas para almorzar, las discusiones sobre los regionalismos o sobre las creencias religiosas oponen a los diferentes mineros, y recomponen el sólido grupo de trabajo bajo la tierra en varios subgrupos regionales o religiosos en la superficie.

Por supuesto, los contactos entre unos y otros no están completamente ausentes pues la construcción de esa “identidad minera” entorno al trabajo y al espacio de la mina es una constante que los pone en relación incesantemente. No obstante, las discusiones sobre temas religiosos o regionales, la emisora que se sintoniza a la hora del almuerzo, así como la reivindicación de identidades religiosas o regionales diversas, permiten la emergencia de numerosos conflictos y la creación de diferentes grupos dentro de la colectividad minera local.

De esta manera, a pesar de la proximidad en el trabajo, de las trayectorias y condiciones de vida compartidas por todos los trabajadores, así como de la existencia de una identidad colectiva alrededor del trabajo minero, los conflictos identitarios emergen como una fuente importante de tensiones, de fracturas y de divisiones de la unidad del grupo.

La situación más difícil, tanto con relación a mi propia experiencia como frente a la composición de las relaciones locales, tiene que ver con la población migrante, y en espacial con los afro descendientes, algunos de los cuales son además miembros de estas iglesias protestantes. Las enormes distancias, construidas a partir de las pertenencias regionales,

étnicas y religiosas, entre esta población y los mineros católicos locales, por ejemplo, sin hablar de las distancias sociales que además los separaban de mí, crean profundas barreras, difíciles de sobrepasar.

Por supuesto, algunos de estos creyentes protestantes, en especial aquellos que son del municipio y que vienen de una larga tradición minera local, mantienen sólidos contactos con el resto de la población. De hecho, algunos de ellos participan de manera aleatoria de los espacios de socialización minera, consumen algunas cervezas junto con sus compañeros de trabajo, “sin emborracharse”, y lo justifican gracias al hecho que en el mundo minero local, la cerveza no es considerada como una bebida alcohólica, sino como un refresco, *una gaseosita*. En este sentido, consideran a los grupos más separados como un poco “fanáticos”. En contraste, otros creyentes protestantes se apartan por completo de grupos, mineros y prácticas que no correspondan a aquellas cercanas a sus iglesias.

### **A manera de conclusión...**

De esta manera, la creación de distancias permanentes, en ocasiones de “satanizaciones” y argumentaciones peyorativas, entre los diferentes grupos identitarios, y en particular entre los “mineros cristianos” y los “mineros católicos”, contrasta al mismo tiempo con el sobrepaso de las distancias y las barreras regionales entre los miembros de estas iglesias protestantes. Si para los mineros católicos locales, tanto los trabajadores migrantes como los mineros evangélicos hacen parte de la erosión de la “unidad minera tradicional”, para los mineros protestantes, locales o migrantes, la pertenencia religiosa es un elemento que crea colectividad, solidaridad, identidad y sentimiento de grupo.

Esta permanente construcción de distancias y puentes, de diferencias y semejanzas, de identidades abiertas o cerradas, de representaciones comunes y de subgrupos diversos, se encuentra en el centro de una experiencia plural y dinámica de construcción identitaria y de relaciones sociales, dentro y fuera de la mina, dentro y fuera del trabajo. La importancia de una fuerte identidad minera, que cobija a todos aquellos que provienen de una tradición minera, pero que además trabajan juntos y comparten diversos elementos de sus trayectorias y vidas, en particular dentro de la mina, se construye en paralelo a la emergencia de otras identificaciones, regionales o religiosas, sociales y culturales, que le dan dinámica a las representaciones del “ser minero”, de la “tradición minera” y del “nosotros”, en medio de las experiencias y relaciones construidas localmente.

## Referencias bibliográficas

- ABSI, Pascale (2005). Los ministros del diablo. El trabajo y sus representaciones en las minas de Potosí. La paz. Fundación PIEB.
- CABANES Robert (2002) Travail, famille, mondialisation. Récits de la vie ouvrière, São Paulo, Brésil. Paris, IRD-Karthala.
- DUBAR Claude (2007) La crisis de las identidades. La interpretación de una mutación. Barcelona, Ballatera.
- EIZNER Nicole & HERVIEU Bertrand (1979) Anciens paysans, nouveaux ouvriers, Paris, L'Harmattan.
- GUTNIK, Fabrice (2008) « Les mutations organisationnelles et la construction des identités au travail : l'évolution de la problématique de la reconnaissance ». En : Mokhtar, Kaddouri. Corinne Lespessailles, Madeleine Maillebouis. La question identitaire dans le travail et la formation. Paris. l'Harmattan.
- SAINSAULIEU, Renaud. (1998). L'identité au travail, Paris, Presses de la formation nationale de sciences politiques.
- \_\_\_\_\_ (1996) « L'identité et les relations au travail » En : Education Permanente. N° 28.
- SALAZAR-SOLER Carmen (2002). Anthropologie des mineurs des Andes. Dans les entrailles de la terre, Paris, L'Harmattan.
- SALAZAR-SOLER Carmen (2006) Supay Muqui. Dios del socavón. Lima. Fondo editoria del consejo del Peru.
- TREMPE Rolande (1971) Les mineurs de Carmaux, 1848-1914, Paris, Editions Ouvrières.
- VERRET, Michel (2005) La culture ouvrière. Paris. Société Crocus.

## Entrevistas

- Vargas, Juan Fernando (2010). Minero. Trabajador de fondo-Picador. En la mina desde 1999.
- Díaz, Libardo (2010) Minero. Trabajador de fondo-Picador. En la mina desde 1990.
- Molina, Clemente (2010) Minero. Malacatero. En la mina desde 2000.
- Wilson "Tingorete" (2011) Minero. Trabajador de fondo-Picador. En la mina desde 1998.
- Vásquez, Libardo (2010) Minero. Trabajador de fondo-Picador. En la mina desde 1999.
- Sara (2010) Minera-Patiera. Vinculación a la mina desde 2007.
- Leonor (2011) Minera-Patiera. Vinculación a la mina desde 2008.
- Duarte, German (2011) Minero. Trabajador de fondo-Picador. En la mina desde 2001.
- Blanca (2011) Minera-Patiera. Vinculación a la mina desde 2008.
- Forigua, Librada. (2010) Ex trabajadora de la mina.
- Florentino (2010) Minero. Trabajador de fondo-Picador. En la mina desde 2000.
- Manuel (2010) Minero. Trabajador de fondo-Picador. En la mina desde 1988.
- Flores, Oscar Hernán (2010) Minero. Trabajador de fondo-Picador. En la mina desde 1997.
- Obdulio (2010) Minero. Trabajador de fondo-Picador. En la mina desde 1990.